

LA TENTACION DE LA VIOLENCIA

Siempre ha habido violencia en la historia de la humanidad. Recordemos cómo —según el libro más antiguo y autorizado, la Biblia— en los albores de la humanidad corrió la sangre por el fratricidio de Caín. Desde entonces la tierra ha continuado empapándose con la sangre vertida constantemente por luchas de hermanos contra hermanos. Símbolo de esta actitud es la muerte de Cristo, del Justo por excelencia clavado en la Cruz por sus hermanos, y en cuyo sacrificio se encuentran todos los justos de la tierra, víctimas de la violencia.

El reciente asesinato de Martín Luther King, un “justo” también sacrificado al demonio de la violencia, no es más que el último eslabón de esa trágica cadena que parece destinada a alargarse pavorosamente.

Con todo, en nuestro tiempo la violencia reviste unas características particulares. Y en primer lugar se nota que en la actualidad su reinado se va extendiendo y su peso se va haciendo sentir con mayor frecuencia cada vez. Aquellos tiempos de la coexistencia pacífica apenas si constituyen sino un vago recuerdo que se aleja rápidamente. En su lugar las guerras actuales adquieren perfiles de una creciente crueldad. Tales la guerra del Vietnam, la del Medio Oriente, la del Congo, la de Nigeria. Las matanzas de Biafra a manos de nigerianos subieron a dos millones en menos de un año (más que los muertos de Vietnam en tres años).¹

Además de esta mayor crueldad, la violencia y el odio actuales se caracterizan por la persuasión de que hoy la humanidad no puede progresar si no es por medio de la violencia revolucionaria, a la que se considera como la levadura de la historia necesaria para fermentar el desarrollo del mundo nuevo.

A esta filosofía de la violencia contribuyen también muchos que se llaman cristianos. Piensan que en las condiciones actuales del mundo, dominado por el capitalismo y el imperialismo, cuya encarnación más perfecta y

la mayor fuerza de propulsión y de irradiación sobre todo el planeta serían los Estados Unidos y Rusia, la única vía para la liberación de la humanidad de la esclavitud económica y social, que hacen pesar sobre tantas partes de ella las fuerzas del capitalismo y del imperialismo, es la violencia revolucionaria.

En otras palabras, a la violencia que el capitalismo y el imperialismo ejercerían sobre los países pobres del Tercer Mundo, explotándolos e impidiéndoles mejorar sus condiciones de vida, éstos debieran responder con la violencia.

No importa —dicen— que la violencia imperialista sea legal, sea apoyada por la ley: no por ello deja de ser violencia y por tanto injusticia, que reclama una respuesta adecuada, que no puede ser otra que la violencia revolucionaria.

Realmente es una ilusión pensar que la violencia imperialista pueda ceder espontáneamente ante la no violencia. Cederá sólo ante un poder capaz de batirla en su mismo terreno, que es el de la fuerza. Se trata, pues, de oponer violencia a violencia, si se quiere ser realista y eficaz y no utopista y romántico.

Así razonan hoy también muchos cristianos. Y lo curioso es que entre los que hoy hablan así, hay algunos que ayer eran pacifistas a ultranza, apóstoles de la no violencia, propugnadores de la objeción de la conciencia.

* * *

La actitud de todos estos, favorables a la violencia revolucionaria y admiradores del Che Guevara y de Camilo Torres, ha puesto a la conciencia cristiana ante un grave problema: para transformar las estructuras injustas de un país ¿puede un cristiano desencadenar la violencia revolucionaria o tomar parte en la revolución violenta promovida por otros, por ejemplo por los comunistas?

Este problema, en los últimos meses, ha sido vivamente debatido en todo el mundo cris-

1.—Véase “ECA”, Dic. 1968, p. 413.

tiano, por católicos y por cristianos no católicos. Algunos se han declarado favorables al recurso a la revolución violenta. En *Le Monde* del 27 de marzo de 1968 se publicó un comunicado exclusivo sobre **cristianismo y revolución**, por un grupo de revistas, donde se decía:

"La situación de violencia que reina en el mundo a causa del dominio y de la explotación del sistema capitalista en todas sus formas; la imposibilidad de resolver las contradicciones internas de este sistema mediante sus mismas leyes de evolución o mediante reformas graduales, constituyen las condiciones objetivas necesarias de la revolución. Pero las condiciones subjetivas de la revolución dependen de la voluntad de los hombres comprometidos colectivamente a promoverla.

La revolución se nos presenta como el único camino posible y supone un cambio radical de las estructuras económicas y políticas. Pero no habrá una revolución estructural sin una revolución cultural. Sabemos perfectamente que esta revolución supone el poner a prueba al cristianismo en sus formas de pensamiento, de expresión y de acción. Estamos convencidos de que nuestro compromiso debe inscribirse en la lucha de clases y de masas oprimidas para llegar a su liberación, en Francia y en otras partes. La lucha revolucionaria se coloca en la perspectiva de la construcción del reino de Dios sin identificarse con él. Reconocemos el derecho a todo cristiano, como lo reconocemos a todo hombre, de participar en este proceso revolucionario, incluyendo la lucha armada. Expresa, en cuanto comunidad, nuestro apoyo a los creyentes que, a causa de su compromiso, son mensajeros de parte de su iglesia local y se sienten solos en la fe".

Este comunicado estaba firmado por representantes de las siguientes revistas: **Témolgnage chrétien, Christianisme social** (protestante), **Economie et Humanisme, La lettre, Frères du monde, Terre entière** y por la **Commission des religions de la société africaine de culture**. Expresaba, en síntesis, las convicciones y los sentimientos de muchos cristianos de hoy, especialmente de los jóvenes, y de algunos sacerdotes de América Latina.

Como se ha afirmado con frecuencia que en la "*Populorum Progressio*" se defiende por Pablo VI el recurso a la violencia (n. 31 de la encíclica) éste declaró el 27 de Marzo de 1968, co nocación del primer aniversario de su publicación:

"Así ha parecido a otros —dicen ellos— que denunciando Nos en nombre de Dios las gravísimas necesidades que padece tanta parte de la humanidad, Nos abrimos el camino a la así llamada teología de la revolución y de la violencia: lejos de nuestro pensamiento y de nuestro lenguaje semejante aberración; cosa bien distinta de la positiva, valerosa, y enérgica actitud necesaria, en muchos casos, para instaurar formas de progreso social y económico".

En su mensaje a los participantes en la Conferencia de Teherán sobre los derechos del hombre, Paulo VI escribía el 22 de abril de 1968:

"La discriminación racial suscita tanta turbación, la miseria económica y la opresión ideológica suscitan tantas rebeliones, que "es grande la tentación de rechazar con la violencia semejantes injurias a la dignidad humana". Por eso dejad que lo repitamos: No se puede combatir un mal al precio de un mal mayor".

También en Bogotá repitió que la violencia no es la solución más conveniente, a pesar de insistir en la necesidad que hay de hacer cambios radicales.

"Muchos, especialmente los jóvenes, insisten en la necesidad de cambiar urgentemente las estructuras sociales por la violencia".

"La violencia no es evangélica ni cristiana. Los cambios bruscos o violentos de las estructuras serían falaces, ineficaces en sí mismos y no conformes ciertamente a la dignidad del pueblo, la cual reclama que las transformaciones necesarias se realicen desde dentro".

La "tentación de la violencia". Nos parece que estas palabras del Papa ofrecen la clave para resolver cristianamente el grave problema que la violencia revolucionaria pone hoy a la conciencia cristiana.

El cristiano es "tentado" por la violencia. Es el primer dato del hecho. La violencia no aparece hoy a algunos cristianos como un mal, sino como un valor; no aparece ya en con-

traste con el espíritu evangélico, sino como consecuencia de su amor y de su compromiso para con Dios y para con el hombre en el momento concreto histórico que la humanidad atraviesa hoy. El misionero Tomás Melville, acusado de ser comunista, ha escrito al **National Catholic Reporter** (31 enero 1968): "Soy comunista sólo si Cristo fue comunista. Hice lo que él y seguiré haciéndolo a causa de la enseñanza de Cristo y no de Marx o de Lenin²... Nuestra respuesta a la situación actual no ha sido debida a la lectura de Marx o de Lenin, sino a la lectura del Nuevo Testamento". Así, la violencia se hace para algunos un signo de fidelidad a Cristo y al Evangelio.

Así, para el cristiano de nuestro tiempo, la primera cosa es reconocer que la violencia es una "tentación": es algo que se le presenta bajo las "apariencias" de bien, de fidelidad al espíritu evangélico, pero en realidad no viene del espíritu de Cristo, sino al contrario del espíritu de su Adversario. La violencia, en realidad, no es cristiana, sino que contradice, en su esencia más íntima y profunda, al mensaje cristiano, que es un mensaje de paz y de amor, que impone vencer el mal con el bien, no de oponer mal a mal, violencia a violencia.

Ciertamente el cristianismo es profundamente revolucionario. Supone, ante todo en la vida de cada hombre, pero también en la vida social, una conversión (*metanoia*), un cambio radical: revolución "religiosa", el cristianismo no puede menos de ser también revolución "social".

Identificar cristianismo y conservadurismo o inmovilismo social y económico es un absurdo. Por eso, el cristiano debe combatir las injusticias sociales, las discriminaciones raciales, debe oponerse a los regímenes políticos y económicos que tienden a reducir al hombre a los regímenes políticos y económicos que tienden a reducir al hombre a la condición de esclavitud, a oprimirlo políticamente y a mantenerlo en condiciones de miseria económica y de abyección moral. El cristiano debe oponerse al imperialismo internacional del dinero, que contribuye a mantener pueblos y continentes en condiciones de espantosa miseria y de trágico subdesarrollo.

Nunca podrá aceptar, sino deberá rechazar vigorosamente, ciertas formas de capitalismo,

2.—No cumplió su palabra, ni fue a las guerrillas, sino que se casó y se quedó en EE. UU. donde fue encarcelado por actividades ilegales.

y poner en tela de juicio su espíritu, que no es cristiano, porque está impregnado de egoísmo individualista y tiende, si tal impulso no es frenado y equilibrado por el sentido de la justicia y de la caridad, a la pura busca del mayor provecho, aun con daño de los otros.

Esto significa que el cristiano, precisamente por fidelidad al mensaje evangélico, debe trabajar por transformar la sociedad, debe obrar un cambio radical de estructuras, para que el Estado y la Economía estén al servicio del hombre y ayuden a su promoción humana.

Pero ¿cómo? ¿con qué medios e instrumentos? En este punto es donde el cristiano debe hacer su opción. El deberá transformar la sociedad también radicalmente, y, en tal sentido, propiciar una revolución, pero con medios pacíficos, no violentos. Si fuere necesario, podrá salir aun de la "legalidad", cuando las leyes son injustas o están hechas para mantener vivas y defender estructuras y situaciones injustas, aunque siempre dentro del respeto a los derechos esenciales y de la libertad de los demás.

Pero no podrá recurrir a la violencia revolucionaria, "salvo en el caso de una tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase de modo peligroso el bien común del país" (*Populorum Progressio*, § 31). En tal caso, tratándose de una agresión presente ante la comunidad nacional, el recurso a la insurrección revolucionaria no responde ya al concepto de "revolución violenta", sino que constituye un acto de legítima defensa. En el fondo se aplicarían entonces en el plano social y colectivo los mismos principios que justifican —con las debidas limitaciones— en el plano individual la legítima defensa.

Se dirá que sólo la violencia armada es verdaderamente eficaz, que es la única solución eficaz en una situación desesperada como la nuestra, en tiempo en que los pobres, los humillados, los desheredados no tienen ya paciencia, no quieren esperar más. Se dirá también que las fuerzas del capitalismo y del imperialismo son tan poderosas que no pueden ser sometidas sino por una revolución violenta a escala mundial.

Con todo, un cristiano no puede asumir como único y supremo criterio de su acción el criterio de la eficacia. No puede prescindir del hecho de que la ética natural le impone respetar los derechos fundamentales y la

libertad de todos: ahora bien, no podría hacer esto si recurriera a la violencia revolucionaria. Lo que es decisivo para un cristiano es la ley de Dios, integrada y llevada a su perfección por el Evangelio de Cristo. Por eso, lo que no es conforme al Evangelio o que choca directamente con él, sea cual fuere su eficacia, debe ser rechazado por un cristiano.

Pero, aparte del hecho de que la violencia contrasta radicalmente con el espíritu evangélico ¿se puede afirmar con seguridad que ella sea realmente eficaz, no sólo en el sentido de que sea capaz de derribar una situación y crear una nueva, sino también en el sentido de que sea verdaderamente liberadora del hombre? No estamos seguros de que la violencia resuelva verdaderamente los problemas que la hacen nacer. La experiencia histórica nos dice que las más de las veces la violencia ha llevado a cambiar de amo, a sustituir una esclavitud por otra. Sobre todo ha contribuido no a resolver, sino a agravar los problemas, a "combatir —como ha dicho certeramente Paulo VI— un mal real a precio de un mal mayor".

* * *

Frente a las afirmaciones de un grupo de sacerdotes colombianos reunidos en un pue-

blecito de Cundinamarca, de un radicalismo infantil, frente al entusiasmo prematuro de un Camilo Torres, líder de un movimiento fantasma que nunca llegó a cuajar, frente a unas promesas incumplidas totalmente de los hermanos Melville, se presentan los defensores de los derechos del pobre con sus campañas de propaganda y de labor constante de concientización. En otro lugar de este número podrá ver el lector cuánto más razonable aparece el plan de resistencia pasiva propuesto por el Obispo Helder Cámara para su patria Brasil, primero, y luego para todo el Continente Americano, lo mismo que el ejemplo de callada labor, sin demagogias impertinentes, de ese sacerdote-obrero de los de verdad, el P. Paul Gauthier cuya labor y sólidos principios doctrinales expone el P. Ricardo Ares.

En realidad sólo el amor construye. Por desgracia, muchos cristianos parecen haber perdido la fe en el amor que edifica y se vuelven al mito de la violencia, que destruye. Para ellos el Fundador del Cristianismo debió ser un revolucionario o un reformador social. Y ya que Cristo no lo fue, han decidido serlo ellos, enmendando la plana al Señor y a los Apóstoles. Basta abrir los ojos para comprender lo equivocado de su actitud.

**Para Colegios, casas comunales, restaurantes, comedores,
donde se requiere equipo de cocina pesado, eficiente,
sencillas de operar, durables.**

Venga a



Convéñase pidiendo una demostración al

Teléfono 21-40-04, 21-40-06.

Tropical Gas Company, Inc.